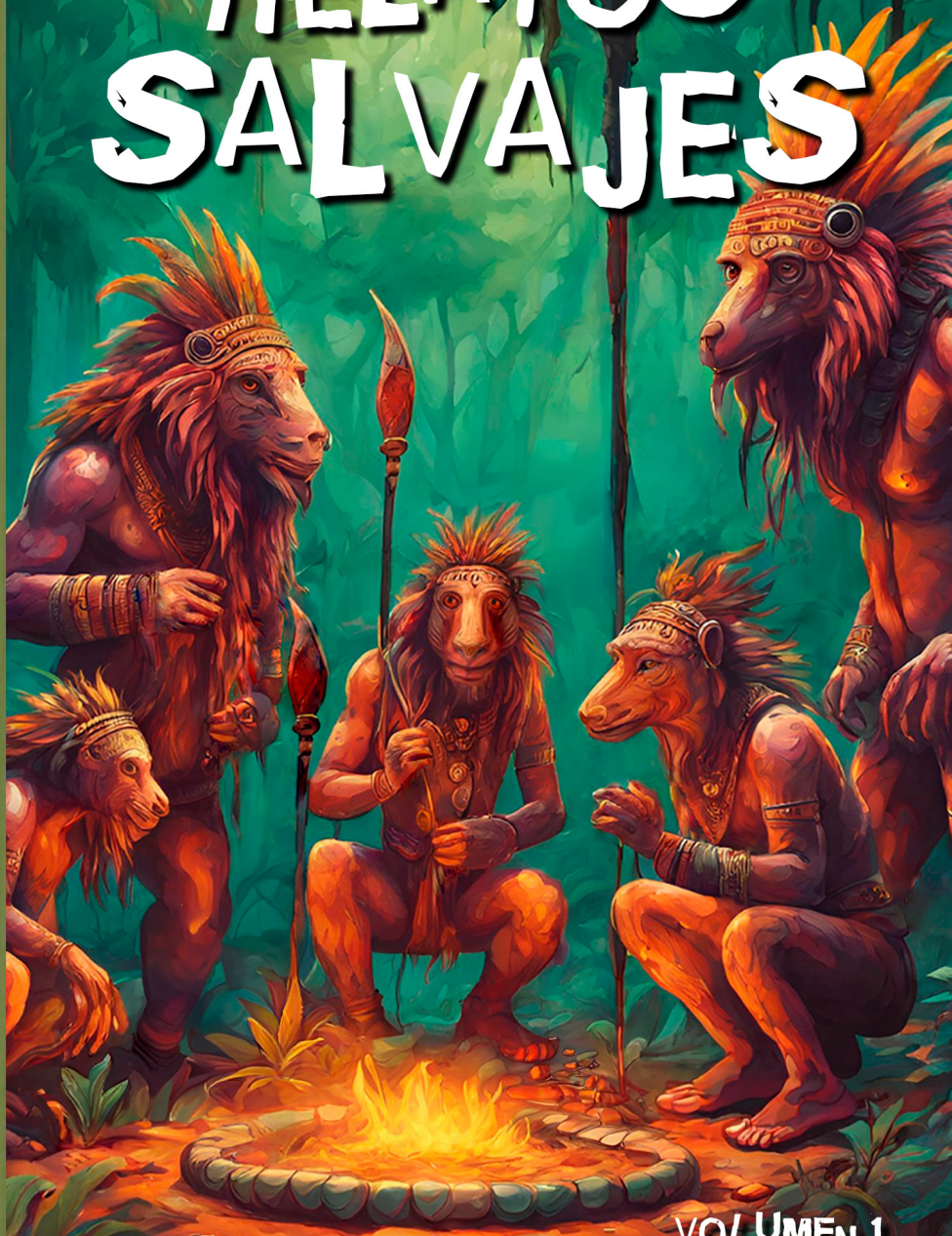


Narrativa Breve Salvaje

# RELATOS SALVAJES



VOLUMEN 1





# RELATOS SALVAJES



VOLUMEN 1



Los Libros del Salvaje

**De los textos:** © 2024 Andrea Martínez Baladrón / © 2024 David das Tebras /  
© 2024 Ana Fernández Martín / © 2024 Patricia Mariño Rodríguez / © 2024  
Catalina Gómez Parrado / © 2024 Marina Can / © 2024 Fernando G. Loaisa /  
© 2024 T. H. Sutherland / © 2024 Marta Fernández Martín / © 2024 Juan P.  
Forti / © 2024 V. Delegido / © 2024 Laura G. Loaisa

**De la edición:** © 2024 Los Libros del Salvaje

Primera edición: febrero 2024

Colección editorial: Narrativa Breve Salvaje 1

Título

*Relatos Salvajes*

Ilustración de cubierta: IA Canva y Laura G. Loaisa

Edición y maquetación: Fran Zabaleta

Editorial

**Los Libros del Salvaje**

Aldea A Pousa, 3

32816 Celanova (Ourense)

ISBN: 978-84-127675-2-0

Depósito Legal: OU 288-2023

La editorial Los Libros del Salvaje está convencida de que el *copyright* estimula la creatividad, permite a los autores vivir dignamente de su esfuerzo y su trabajo, defiende la diversidad y es herramienta fundamental para que la cultura viva y se expanda. Por ello, te agradecemos que hayas comprado una edición autorizada de este libro y que respetes las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso expreso del autor y/o la editorial. Al hacerlo, respaldas a los creadores y permites que Los Libros del Salvaje siga publicando libros. Si deseas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, dirígete a CEDRO, el Centro Español de Derechos Reprográficos: [cedro.org](http://cedro.org).

 *Andrea Martínez Baladrón*

 *David das Tebras*

 *Ana Fernandez Martín*

 *Patricia Mariño Rodríguez*


 *Catalina Gómez Parrado*

 *Marina Can*

 *Fernando G. Loaisa*

 *T. H. Sutherland*

 *Marta Fernández Martín*

 *Juan P. Forti*

 *V. Delegido*

 *Laura G. Loaisa*



# ÍNDICE

Prólogo .....	9
ANDREA MARTÍNEZ BALADRÓN .....	13
<i>Oblivion</i> .....	14
DAVID DAS TEBRAS .....	27
<i>El miedo va a cambiar de bando</i> .....	29
ANA FERNÁNDEZ MARTÍN .....	37
<i>Cihuatlototl, la Mujer Pájaro</i> .....	40
PATRICIA MARIÑO RODRÍGUEZ .....	53
<i>Alba y Sara</i> .....	55
CATALINA GÓMEZ PARRADO .....	71
<i>El silencio atronador</i> .....	72
<i>La asombrosa librería del señor Torre</i> .....	77
MARINA CAN .....	85
<i>Clic</i> .....	86
FERNANDO G. LOAISA .....	95
<i>En la línea</i> .....	96
T. H. SUTHERLAND .....	107
<i>¡Bah, duendes!</i> .....	109
<i>¡Oh, mierda, leprechauns!</i> .....	114

MARTA FERNÁNDEZ MARTÍN .....	121
<i>Enterrada viva</i> .....	122
JUAN P. FORTI .....	125
<i>El repartidor</i> .....	127
V. DELEGIDO .....	151
<i>La instrucción</i> .....	153
<i>La penúltima oportunidad</i> .....	168
LAURA G. LOAISA .....	177
<i>El cubil</i> .....	178
MANIFIESTO SALVAJE .....	195
LOS LIBROS DEL SALVAJE .....	197

## PRÓLOGO

Se nos está quedando un mundo de mierda. Literalmente. Un planeta saqueado y rebosante de desperdicios, con mares ahogados en plásticos, una atmósfera envenenada, un clima desquiciado y una biodiversidad cada vez más escasa.

Se nos está quedando un mundo de mierda, y el responsable es claro: un sistema económico depredador, que se asienta en un mito absurdo, el crecimiento continuo, el progreso infinito.

Para unos cuantos nada más, sobra decirlo.

La doctrina neoliberal es ferozmente dañina, tanto para la humanidad en su conjunto como para el medioambiente. Su premisa básica, la libre competencia por encima de cualquier otro condicionante, es en realidad un «sálvese quien pueda» que encubre un brutal individualismo y la más despiadada rapacidad.

Sus consecuencias son evidentes, miremos hacia donde miremos: la desigualdad social y la destrucción de la naturaleza en nombre del progreso.

El neoliberalismo ha convertido a los seres humanos en meros clientes, compradores compulsivos de cachivaches que no necesitamos; ha podrido el cerebro de millones de personas, haciéndolas renunciar a sus mejores instintos comunitarios y sustituyéndolos por un individualismo atroz, y ha creado una sensación generalizada de frustración vital, de vivir en un sistema al borde del colapso.

Cientos de millones de personas se sienten desamparadas, decepcionadas y furiosas con los gobiernos, los partidos políticos y los sindicatos, que no han sido capaces de defender el bienestar

de la comunidad frente a los beneficios de las empresas. Que alienan guerras brutales y defienden a los genocidas. Que una y otra vez claudican ante poderosísimos grupos de presión que solo buscan incrementar sus ya millonarias cuentas de resultados.

De ahí al resurgir de la extrema derecha solo hay un paso.

Y ya lo hemos dado.

En todo el mundo.

Pero no podemos quedarnos de brazos cruzados. No podemos tirar la toalla y agachar la cabeza frente a la pesadilla vital hacia la que nos dirigimos, si es que todavía no estamos en ella. Necesitamos reaccionar.

Necesitamos una revolución.

Literalmente: un cambio profundo en las estructuras políticas y socioeconómicas.

Pero las revoluciones no se producen espontáneamente, por muy desastrosas que sean las condiciones de vida de una población. Las revoluciones solo estallan cuando hay alternativas, porque las alternativas hacen brotar la esperanza.

La esperanza es la chispa que hace estallar las revoluciones.

Por eso es tan importante la palabra. Porque la palabra es la herramienta más poderosa del mundo: transforma y conforma la realidad, denuncia y propone, y, sobre todo, alienta la esperanza. La palabra es revolución.

Desde siempre, los cuentos nos han contado el mundo. Los cuentos transmiten los valores de la sociedad que los cuenta, moldean nuestras percepciones, dan forma a nuestra conciencia y establecen en ella las nociones del bien y del mal.

Los cuentos son poderosas herramientas de cohesión social porque los relatos compartidos conectan, crean redes, crean tribu.

Pero no todos los relatos son iguales.

Cada generación debe crear sus propios relatos. Cada generación debe cuestionar sus propios relatos hegemónicos, los que buscan someter y adoctrinar en beneficio de un inmovilismo que siempre beneficia a los mismos, y buscar mediante la palabra nuevos caminos que hagan avanzar al cuerpo social. Que busquen solucio-

nes a los problemas de cada época para avanzar por el camino del único progreso verdadero: el que persigue la creación de un mundo cada vez más solidario, más equitativo y respetuoso con las diferencias.

Frente a los relatos hegemónicos, relatos salvajes.

Porque todos los relatos nuevos nacen salvajes. Cuando los autores de la Ilustración empezaron a hablar del predominio de la razón y a oponerse a la tiranía de los reyes absolutos, sus relatos fueron considerados salvajes. Cuando los jóvenes del Mayo del 68 comenzaron a hablar de derechos civiles, ecologismo, antinuclearismo, antibelicismo o revolución sexual, fueron considerados salvajes.

Hoy, más que nunca, necesitamos relatos salvajes.

Relatos que enfrenten el modelo neoliberal. Que frenen el fascismo. Que denuncien. Que ofrezcan alternativas. Que contribuyan a crear una narrativa nueva. Un nuevo mundo, más justo y solidario.

Cuando decidimos embarcarnos en esta aventura, les propusimos a las autoras —hablamos de autoras porque hablamos de personas— una sola palabra como referencia: buscábamos relatos salvajes.

Solo eso: queríamos relatos salvajes.

El resultado habla por sí mismo: en estos relatos que estás a punto de leer, doce autoras nos hablan de patriarcado, guerra, racismo, ecologismo, o desigualdad, y también nos ofrecen reflexiones sobre lo humano o exploran el sentido de la maravilla.

Son, en todo el sentido de la palabra, relatos salvajes. Relatos que denuncian, proponen y alumbran un mundo nuevo.

Porque el salvaje es el que tiene la mirada fresca. El que contempla el mundo desde la frontera. El que observa desde la linde del bosque. El otro. El que se expone. El que indaga.

La frontera es siempre el punto más avanzado de cada civilización, el lugar en el que esta se interroga a sí misma, el límite en el que las certezas se convierten en dudas.

Por eso, el salvaje te ayuda a entender quién eres.

Para él, el salvaje eres tú.





## ANDREA MARTÍNEZ BALADRÓN

Médica de urgencias hospitalarias y estudiante de Lengua y Literatura españolas por la UNED (con previsión de terminar en 2025).

Autora de las novelas *Besándote* (2022) y *Un abrazo de laberinto* (2023). También de varios relatos, que han sido incluidos en distintas publicaciones: *Sangre bajo las uñas*, *Diablo negro*, *El corazón a 200...*

Mi sueño siempre ha sido publicar una novela, y ahora que lo he conseguido, me he propuesto publicar una al año.

### ¿Dónde me puedes localizar?

Instagram



## OBLIVION

—Es la cuarta que encontramos así. Alguien se está montando una buena colección.

—Esta tampoco tiene identificación. Menudo coñazo de papaleo nos espera.

Por la forma de hablar de ambos hombres, podría pensarse que estaban sentados en un bar, tomando unas cervezas. Pero no. Se hallaban de pie, de brazos cruzados, vestidos con sus uniformes de policía, ante el cadáver de un hada.

—No sé cómo podéis hablar de esa forma de una criatura tan excepcional. Y encima con su cuerpo presente. —Carla los miraba desde el suelo, donde examinaba el cadáver.

—Bah, ya sabes. Este trabajo te insensibiliza.

—No, lo que pasa es que sois unos xenófobos y desearíais que no estuvieran aquí. A veces hasta parece que os alegráis con cada una que encontráis muerta.

—La verdad, si fuera un elfo me daría pena. Las hadas son como moscas cojoneras.

—Aunque se lo montan de lujo, he de decir. —Campos hizo un gesto obsceno con la mano.

Carla le propinó un codazo en la espinilla, enfadada.

—Bueno, solo digo... que vuelvan a su mundo y ya está, todos felices.

Campos dio un paso hacia atrás para evitar un nuevo golpe de Carla.

—¿De verdad crees que no preferirían estar en su mundo? ¿Crees que es agradable que te señalen con el dedo, que te nieguen puestos de trabajo, que te cierren puertas en las narices solo por...?

—¿Solo por ser de otro mundo? Bueno, no sé, primero los de aquí, ¿no? A mí no me parece bien que vengan estos... estos seres —escupió la palabra— a quitarnos el trabajo y a encarecer la vivienda.

—Tal vez, si no hubiéramos destruido su mundo, no tendríamos ese puto problema.

Carla elevaba la voz a cada palabra. Abrió la boca para añadir algo más, pero renunció a ello. Realmente no valía de nada discutir con idiotas.

Les hizo un gesto para que se apartasen y sacó fotos al cadáver.

Tendría que examinar el cuerpo detalladamente, pero por la ropa hecha jirones, la posición de las piernas..., estaba casi segura de que la habían violado. La importante cantidad de sangre alrededor de la cabeza y en la zona dorsal indicaba que aún estaba viva cuando le cortaron las orejas y las alas. Probablemente, había muerto por exanguinación. Igual que las otras tres víctimas. La piel de color verde oliva estaba llena de magulladuras; las uñas de las manos, rotas. Había ofrecido mucha resistencia. Aunque no le había servido de nada.

Repasó mentalmente la información que había obtenido de los otros tres casos: prácticamente ninguna. El violador había utilizado preservativo, por lo que no había muestra de ADN suficiente para poder cotejarla con la base de datos. No se habían obtenido huellas del cadáver: el agresor había utilizado guantes. La hoja que habían utilizado para cortar las orejas parecía de un cuchillo de cocina común. Las alas habían sido arrancadas, al parecer, atándolas a una cuerda y tirando con fuerza. Ningún objeto fuera de lo común, ninguna huella, nada.

Los informes de toxicología eran poco claros: no disponían de suficientes muestras de hadas sanas —vivas— para realizar la

comparación. Desde su llegada al «nuevo mundo», tanto hadas como elfos se habían visto obligados a «colaborar» en estudios y experimentos, pero la sangre de cada uno parecía diferente. Los estudios requerían de tiempo y dinero, y realmente lo único que se buscaba era cómo obtener sus propiedades mágicas, no cómo diagnosticarlos o curarlos en caso de enfermar

Clara sabía, además, que se había llegado a torturar a algunas hadas para que compartieran su secreto: cómo lograban hacer magia con el polvo que creaban en su mundo. Todas habían negado saber de dónde procedía la magia que poseían. Siempre había sido así, se transmitía de generación en generación. No estaba claro que procediera de su ADN o de su sangre, por lo que los experimentos —y, afortunadamente, las torturas— habían cesado.

Carla imaginó cómo de diferente habría sido la escena si no hubieran prohibido el polvo de hadas. La pobre criatura se habría podido defender y, en lugar de un hada muerta y mutilada, tendría un bonito cerdo en una jaula.

A veces odiaba su trabajo.

Los policías cuchicheaban a su espalda.

—La ha llamado «criatura», ni siquiera ella, que tanto los defiende, los considera personas.

—Está claro que no lo son.

—No sé por qué nos tocan estos casos a nosotros.

—Deberíamos pedir traslado a antivicio.

—Anda que no te gustan a ti las putas ni nada.



Laia se detuvo en el quiosco, como cada día al volver de su trabajo de barrendera. Compraba el periódico allí a diario solo para tener una excusa para detenerse y mirar al otro lado de la carretera. Fijó su mirada en el elfo que, agachado, ataba los cordones de los zapatos de su hijo. El hada suspiró con esa melancolía que solo una persona enamorada de un imposible puede comprender.

Riuk terminó con los cordones y, al levantarse, notó los ojos de Laia clavados en él. Se miraron en silencio unos segundos, imaginando lo que el otro estaría pensando. Laia fue la primera en apartar los ojos, cuando, sin soportarlo más, una lágrima asomó a ellos. Se puso el periódico bajo el brazo y apresuró el paso hacia su casa.

Al cerrar la puerta, oyó un sollozo que procedía del pequeño salón.

—Pythia, ¿por qué lloras?

—*Eszaelda unicornia...*

La joven hada se levantó del sofá y se acercó a su tía.

—No hables en feérico. Debemos acostumbrarnos a utilizar su idioma, ya lo sabes —la reprendió levemente.

—Acaba de salir en las noticias: han asesinado al último unicornio. Ya no es que los diezmasen, ¿sabes? Ya no es que desapareciesen por no haber recambio generacional... Es que los han matado a todos.

Laia la abrazó y ambas lloraron quedamente. Poco después, el hada adulta se recompuso y se separó de Pythia.

—Bueno, cuéntame qué tal te ha ido hoy en el instituto.

—Una compañera se ha acercado a mí y me ha dicho: «No creo en las hadas».

Pythia miró hacia el suelo.

—¿Cómo no va a creer en las hadas si tiene a una delante? No entiendo.

—Antes corría el rumor de que, cada vez que alguien decía que no creía en las hadas, un hada moría.

—¡Oh!

—¿Por qué tengo que ir a ese estúpido colegio? ¡No lo entiendo! Las clases de Historia están plagadas de mentiras: dicen que nosotros atacamos este mundo y por eso...

—Tienes que ir, Pythia, tenemos que integrarnos y...

—¡Pero si no nos dejan integrarnos! Nadie juega conmigo, nadie se atreve a hablarme salvo para insultarme. ¡Hasta los profesores me tratan con recelo!

—Hablaré con ellos.

—¡No! ¡Eso solo empeoraría las cosas!

Pythia agitaba sus alas con furia y hacía aspavientos mientras daba trompicones por el salón.

—Pythia, cálmate —susurró Laia.

—¡Cómo voy a calmarme! ¡Se cargan nuestro mundo, a nuestros amigos y familiares, nos obligan a vivir en el suyo, pero no nos aceptan! ¡Deberían ser ellos nuestros esclavos! ¡Somos hadas! ¡Podríamos...! ¡Podríamos...!

Se derrumbó en el sofá.

Laia se sentó a su lado, la atrajo hacia sí y la abrazó. Le acarició el pelo.

—Debemos adaptarnos a esta nueva situación —dijo suavemente.

—No es justo y lo sabes. Estamos muy por encima de ellos y nos tratan peor que a basura. ¿Qué haces tú trabajando de barrendera? ¿Acaso no saben de qué familia procedes? ¿No vas a mostrar tu poder? ¿Tu sabiduría?

—Pythia, cariño... Es posible que no lo entiendas ahora, pero de las peores situaciones se extraen las mayores enseñanzas. Es duro ahora, pero en un futuro todo esto nos servirá para algo.

—La muerte de mis padres no ha servido para nada.

—No digas eso.

—Al menos ellos no fueron unos cobardes. Al menos murieron luchando por lo que creían justo. Yo estoy aquí, atrapada en un estúpido instituto con compañeros estúpidos, cuyos estúpidos padres han destruido nuestro hogar.

—Cielo, tienes que cambiar tu forma de pensar.

—Dame un miligramo de polvo de hada y cambiaré el mundo.



—Campos, mira esto. Mejor no le pongas sonido.

El policía aludido se inclinó hacia atrás en la silla de la comisaría y alcanzó el teléfono móvil que su compañero le tendía. En la

pantalla había un vídeo. Pulsó *Play*. Tras dos segundos de reproducción, se quedó pálido.

—¡Hostia! ¡Es un vídeo del hada muerta de hoy! ¡Joder! ¡Se ve cómo se desangra! ¿De dónde lo has sacado?

—Shh. Baja la voz —susurró—. De las redes sociales. Está por todas partes.

—¡Pero esto hay que denunciarlo! Este vídeo compromete nuestra investigación. Ya me entiendes... ¡No puede ir circulando por ahí!

Campos se había puesto en pie y agitaba el móvil delante de su compañero.

—Ya está denunciado. Lo han borrado de la fuente original. El problema es que está en todas partes. Es viral.

Campos se inclinó hacia el otro policía, dejando el móvil sobre la mesa.

—¿Cómo de jodidos estamos? —musitó.

—No lo suficiente todavía.



Laia se quedó en la habitación de Pythia hasta que se durmió. Cuando la adolescente llevaba un buen rato respirando acompasadamente, se dirigió a su propio dormitorio. Abrió la funda de la almohada y sacó un pequeño sobrecito. Dentro había diez miligramos de polvo de hadas. Por suerte, la inspección que habían hecho a la entrada de aquel mundo había sido bastante chapucera. De haberlo sabido, seguramente habría transportado mucho más. Pero, por miedo, no se había atrevido. La condena por posesión era cadena perpetua. No se habría arriesgado a dejar sola a Pythia.

Tras la conversación de aquella tarde con su sobrina, no le quedaba otro remedio que deshacerse de él. Si Pythia lo encontraba, no quería ni imaginarse de lo que sería capaz. Tenía el carácter de su madre: indómita, rebelde, luchadora. Algo que, por desgracia, solo le había traído la muerte, y había arrastrado a toda su familia con ella. Al menos Laia había conseguido salvar a Pythia.

Entendía su enfado, su dolor y su rabia. Pero no podían volver a su mundo: ya no existía. Tampoco podían irse a otro mundo. Solo tenían aquello. Y las alas eran imposibles de esconder. Tendrían que esforzarse en adaptarse. Poco a poco, acabarían aceptándolas.

Guardó el pequeño sobrecito en su bolso, se calzó y salió a la calle con un propósito muy claro: utilizar aquel polvo en algo que la hiciera feliz, algo que le durase para siempre.

Cuando llegó al quiosco, le temblaban las piernas. En su mente, el plan era brillante. En la realidad, no lo era tanto. Esperó, con la vista fija en el portal del otro lado de la carretera. ¿Cuánto tardaría en aparecer? ¿Y si no le tocaba bajar la basura aquella noche? ¿Y si su hijo se había puesto enfermo y había tenido que quedarse con él? El tiempo pasaba y Laia se cansaba de cambiar el peso de una pierna a otra, de mirar hacia el mismo lugar siempre, de caminar alrededor del pequeño quiosco, cerrado ya a aquellas altas horas.

La primera vez que se abrió el portal, su corazón se paró unos segundos. No tendría el valor de hacerlo. En aquella ocasión no era Riuk, sino uno de sus vecinos que bajaba a pasear a su perro. ¿Y si hubiera sido Riuk? ¿Se habría atrevido? ¿Y si echaba a caminar en otra dirección? ¿Y si...? La segunda vez que se abrió el portal, vio a Riuk recortado por la luz de las escaleras. Cogió aire profundamente y cruzó la calle deprisa. El elfo se quedó paralizado al verla. La bolsa de la basura que llevaba se cayó al suelo. Laia lo cogió del brazo y lo arrastró hacia el callejón contiguo.

—Laia, no...

—Ya sé que no debo estar aquí. Ya sé que tienes una familia.

Riuk la miró. Su respiración se aceleró, pero no encontraba las palabras.

—Riuk, solo necesito que me digas lo que sientes. Solo una vez. Solo quiero escucharlo y... no volveré a verte. No te molestaré más.

—Dijeron que habías muerto. Todos los de tu aldea murieron...

—Fue una masacre. Pero Pythia y yo sobrevivimos.

—Te quiero, Laia. Te sigo queriendo desde entonces. Pero pensé que habías muerto. Y ahora tengo una familia. Tengo un hijo...  
—Riuk le acarició la mejilla con infinita ternura.

—Yo también te quiero, Riuk. He estado enamorada de ti tanto tiempo... Solo necesitaba saberlo.

—Ya, pero... ahora, ¿qué? No puedo dejar a mi familia.

—Ni yo te pediría jamás que lo hicieras.

Riuk buscaba las palabras en el fondo de su mente, la solución a aquel problema que lo había perseguido tanto tiempo.

Pero Laia no lo dejó hablar. Lo besó mientras sacaba su mano derecha del bolso.

—Oblivion —susurró, justo antes de soplar sobre la palma de su mano.

Se alejó apresuradamente, para desaparecer de la vista del elfo antes de que el efecto del polvo terminase. La pequeña cantidad que había podido guardar era suficiente para que no recordase que se habían visto.

Pero ella sí lo recordaría. Si no hubiera estallado la guerra, si no hubiera estado incomunicada tanto tiempo, seguirían juntos. Él la seguía queriendo. Y, dadas las circunstancias, era todo lo que podría obtener.

La madre de Pythia se había enterado de que tenían una relación y había jurado guardar el secreto a cambio de que la rompiera. Laia había sido incapaz. Nunca en su vida se había sentido tan feliz y tan viva como cuando estaba con Riuk, a pesar de tener que esconderse y disfrazarse para poder estar con él. Había aprendido tantas cosas, había visto tanto mundo... Los elfos eran como las hadas, al fin y al cabo. Solo buscaban la paz y ser felices. ¿Qué razones irracionales los habían llevado a aquel odio de siglos?



Al cruzar una esquina, ya cerca de su casa, Laia notó un tirón en su brazo izquierdo. Al querer girarse para ver qué ocurría, notó que

una mano le tapaba la boca. Sabía a látex. Otra manaza la agarraba del cuello, otra de las piernas... y así pudo contar hasta diez manos.

La arrojaron al suelo entre todos, boca abajo. Notó el sabor a sangre en sus labios. Alguien le colocó una mordaza para que no gritase. Le dieron la vuelta, sin dejar de sujetarla. Notó que la agarraban de las muñecas, de los tobillos. Dos personas pisaron sus alas. Los ojos del hada se movían en todas direcciones. No era capaz de contar a todas las personas que se encontraban allí. Un hombre joven le quitó la ropa interior y se colocó sobre ella.

—Sois testigos de que no dice que no —berreó—. Si no dice que no, no se considera violación, ¿verdad?

Un coro de risas sardónicas llenó el aire turbio de aquella noche.

—No sé cómo puede gustarte eso —voceó uno—, para mí es como follarse a una oveja.

La punzada de dolor que notó en el bajo vientre no impidió que sus sentidos se acentuasen. Veía poco, por cómo la sujetaban, pero lo oía absolutamente todo.

—Carlitos, ven aquí. Vas a cortar tu primera oreja. Ven que te enseño.

Por el rabillo del ojo, Laia vio los zapatos de un niño a su lado. Detrás de estos, unos mucho más grandes. Notó un tirón en su oreja izquierda.

—Tienes que tensarla bien así y cortar sin dudar, para no estropear la pieza.

—¡Tío, a ver si acabas de una vez, que queremos las alas!

El «tío» al que se dirigían seguía violándola, jadeando, moviéndose bruscamente.

Laia sentía tanto dolor que apenas sabía ya de dónde venía. Cuando el violador terminó, la giraron.

—A la de tres tiramos de las dos alas al mismo tiempo, ¿sí?

Al girarse, su campo visual aumentó. Vio, no muy lejos, dos policías uniformados, de espaldas a la escena. Charlaban entre sí

como si ignorasen lo que estaba ocurriendo. Laia quiso pensar que aquello era solo un mal sueño. Pero el dolor era demasiado real.

Al primer tirón, las alas no cedieron. Parecía como si le hubieran atado una cuerda y tirasen de ella todos los esclavos necesarios para construir una pirámide egipcia. Pero, aun así, no cedían.

Laia notó que la desgarraban, que le estrangulaban el alma y la partían en dos. Cuando por fin le arrancaron las alas, supo que moriría, pero tardaría demasiado. Le faltaba el aire.

La volvieron a colocar boca arriba y Carlitos cortó su primera oreja. Y luego su segunda. Su mano inexperta serraba a pequeños tramos. Era una tortura horrible.

Laia no lloraba. No externamente al menos. Pensaba en lo sola que se quedaría su sobrina. Pythia era realmente lo único que le quedaba. Temía por ella. Cuando se enterase, querría tomar represalias.

Mientras los hombres se iban, llevándose sus trofeos y dejándola allí para morir sola, Laia recordó el fuego en el Bosque Vivo, el llanto de los unicornios al morir calcinados. Cómo se había propagado enseguida, cómo habían ardido sus casas de los árboles, sus cosechas, sus criaturas... Todo devastado por el fuego creado por la mano humana. Aún no se sabía quién los había dejado entrar. Los rumores decían que había sido un elfo, pero el odio entre ambas especies había sido tal durante tantos años que parecía una falacia.

Pensó en Riuk. Parecía increíble que lo hubiera besado unos momentos antes. Se le antojaba infinitamente lejano, como los besos que habían compartido durante sus años de relación.

Notó cómo su corazón se aceleraba, intentando compensar toda la sangre que estaba perdiendo. Sintió mucha sed. Intentó mover las piernas, pero fue incapaz. Por el rabillo del ojo, vio un pequeño destello. Parecía proceder de su mano derecha. Con un gran esfuerzo, consiguió acercarla a su cara. Quedaba una pequeña cantidad de polvo de hadas. La falta de costumbre le había im-

pedido soplar con eficacia. Eso significaba que Riuk recordaría la escena, aunque como si solo hubiera sido un sueño. Aquello la hizo sonreír durante un segundo, antes de dejar caer la palma de su mano derecha sobre su cara.

—Oblivion.

## SOBRE *OBLIVION*

*Oblivion* es un relato de fantasía, pero también un relato de realidad.

Es una denuncia de la destrucción de ecosistemas por la mano humana, en los que se pierden muchas formas de Vida (sí, con mayúscula).

Es una denuncia de la xenofobia, porque no ayudamos a aquellos entornos menos favorecidos y nos molesta que las Personas (sí, con mayúscula, para recalcarlo bien) que viven allí vengan a nuestras comunidades en busca de un futuro mejor para ellos y sus familias.

Y es una denuncia del patriarcado, ya que muchos miran a otro lado mientras las Mujeres (sí, también con mayúscula) se ven sometidas a comportamientos totalmente equivocados y dañinos que ya es hora de erradicar.

ANDREA MARTÍNEZ BALADRÓN